

JAIME VER
Y EL SOCIALISMO

20 V
16414-5

=====
Precio: CINCUENTA CÉNTIMOS
=====



JUAN JOSÉ MORATO

c.

2365.-

JUAN JOSÉ MORATO E

e. v
16717-5

Jaime Vera y el Socialismo.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE TORRENT Y COMPAÑÍA

Calle de Válgame Dios, 6

1918

R1316175

JAIME VERA

I

NACIÓ Jaime Vera en Salamanca el día 20 de marzo de 1859. Profesaba su padre las ideas radicales, y le unían estrechos vínculos de amistad y aun de acción a los hombres conspiradores y revolucionarios de aquellos tiempos, contándose entre estos amigos el gran D. Francisco Pi y Margall, que ya había declarado inicuo al capital y puesto en tela de juicio la legitimidad de toda propiedad que no fuese la de los productos del trabajo propio. («El hombre tiene derecho a disponer libremente de los frutos de su trabajo; pero no a más. La propiedad no es una extensión del individuo, sino la condición *sine qua non* de la existencia de la libertad del individuo; por tanto, la sociedad tiene el deber de subordinar la forma de la propiedad a estas condiciones de existencia y de libertad.»)

Hombre de convicciones firmes e ilustradas el padre de Jaime Vera, confió la educación de sus hijos a cierto *Colegio Internacional* madrileño, domiciliado en la Corredera de San Pablo, del que eran profesores, allá por el año 67, Salmerón, el cura Tapia y un óptimo humanis-

ta llamado D. Antonio Buenavida—maestro allí de primeras letras—, que explicaba y comentaba pasajes del *Quijote*, dando a los pequeños noción hasta del valor de las palabras.

De tal Colegio salió Vera lleno de amor por nuestra literatura clásica y por las letras latinas y griegas, con sed inextinguible de alcanzar la verdad y de poseerla, pero de alcanzarla siempre por sí mismo. «Las diseciones de Vesalio son más verdad que la autoridad de Galeno», dijo un día.

El hogar y el colegio le dieron como normas de su vida el bien, la belleza, la justicia, la rectitud, la probidad, y saturaron su espíritu de amor a la libertad plena.

Elegió una profesión nobilísima, aquella que lucha contra los dos grandes males de la naturaleza: el dolor y la muerte. Estudió Medicina.

A condiscípulos suyos, como el Sr. Francos Rodríguez y como aquel ilustre médico rural muerto de un modo trágico en Villamanta, que con tanto decoro llevaba el apellido de Caballero, les hemos oído decir que de aquella generación de estudiantes, Vera fué siempre el primero entre los mejores. Sus maestros le quisieron como amigo, enorgulleciéndose de tal discípulo y de tal amigo, y entre estos maestros estaban D. Pedro Mata y D. José María Esquerdo, ambos de ideas avanzadas. Fué Vera más allá que ellos.

II

Hubo en la Sección de Tipógrafos de la Internacional un hombre extraño, Alejandro Ocina, para cuyo recuerdo tuvo siempre Vera palabras de emoción y de encomio.

Sin estar afiliado en la Alianza, este tipógrafo frecuentaba la tertulia bulliciosa de Morago en su minúsculo taller de grabador. Hombre de estudios, espíritu inquieto, discutía con el amigo de Bakunin.

Cayeron en manos de Ocina el *Manifiesto Comunista* y la edición La Châtre de *El Capital*, que en España vendía *La Emancipación*, y el tipógrafo—que fué de los fundadores del Arte de Imprimir—, sin haber acaso hablado con Lafargue, profesó las doctrinas que luego habrían de ser fundamento ideal del Partido Socialista Obrero, y las profesó después de haberlas estudiado y analizado.

Por entonces Ocina, eterno estudiante, quiso hacerse médico, y fué compañero de aulas de Vera.

Y ahora éste nos va a relatar cómo entró en el Socialismo:

«En 1873, y sobre la misma mesa de disección en que estudiaba Anatomía, leía yo el *Manifiesto Comunista*, en que tan bien se hace la disección de la sociedad. Diómelo, así como *El Capital*, Alejandro Ocina, condiscípulo mío y socialista de grandes facultades reflexivas, muerto prematuramente. Él me puso en relaciones con el grupo, con el microscópico grupo, de los Iglesias,

Quejido, Matías Gómez, Calleja, Mora y otros pocos, muy pocos, germen del Partido.

»No di desde luego mi adhesión; estudié las nuevas ideas, estudié también los programas y las doctrinas de los partidos en efervescencia entonces, convertida España en aquella época en laboratorio de política experimental; medité, observé, y cuatro años más tarde, después de un largo viaje en que toqué en cuatro de las cinco partes del mundo, más maduro mi juicio, ingresé en el grupo, insignificante en la apariencia.

»Juzgóse por mis amigos de la otra banda que mi filiación socialista era un suicidio político, que era consagrar la labor de mi inteligencia a obra infecunda y oscura. Mas fué suyo el error.»

Tenía entonces diez y nueve o veinte años.

III

Sigamos oyendo lo que Vera contó hace años:

«No entré yo en el Socialismo por odio a la sociedad. He cumplido mis deberes con los de abajo y con los de arriba, y, personalmente, sólo motivos de gratitud tengo para con la sociedad.

»No entré tampoco por sentimentalismo. Por mi profesión de médico veía la miseria, veía también que en los cuerpos de los proletarios se estudian las verdades científicas que en último término aprovechan a los de arriba; tengo corazón, sentimientos...; aun así no fueron ellos los que me decidieron.

»No entré tampoco por romanticismo, por odio a las injusticias e iniquidades sociales, que no es el odio fundamento de doctrina.

»Estoy en el Socialismo, y a él vine, por plena convicción científica, como deberían estar cuantos sincera y seriamente buscan la verdad. Mi tarea profesional es buscarla; la he visto en el Socialismo y a él he ido. He aquí por qué soy socialista: por plena y absoluta convicción científica.»

Ciertas estas palabras austeras, nobilísimas, honradas, digamos que así como el ansia de verdad y el odio santo al dolor indujeron a Vera a estudiar Medicina, también el odio al dolor social le llevó al Socialismo.

Fué médico y fué socialista por generosidad de espíritu. Quizá él lo ignoraba, pero es de justicia decirlo.

Y en ocasión no muy lejana, Jaime Vera decía a los obreros madrileños del libro: «Soy del alma del pueblo, y nunca se extinguirá mi reconocimiento a los que en el curso de mi vida han vislumbrado o adivinado algo de mi alma, pudiéndola ver sólo por algunos resquicios.»

Añadamos que se afilió en el Socialismo cuando sus amigos tenían razón para calificar este paso de suicidio político, y aun tal vez añadieron, y Vera, como discreto y modesto, lo calló, que el suicidio era también social, y lo hubiese sido de no ser Vera lo que fué desde el primer momento en su hermosa y bienhechora profesión.

IV

Cuando Vera se adhirió plenamente a las ideas de aquel núcleo insignificante de pobres obreros mecánicos, procuró llevar a él adeptos de su condición social.

No fué nuestro correligionario hombre adusto, retraído y esquivo, sino todo lo contrario. Espiritu' de artista, sociable y alegre, era amigo de artistas, literatos y hombres de las profesiones liberales, y andaba por entonces con gente joven como él, en cierta especie de camaradería que llamaban «La Bohemia», formada por escritores, abogados, médicos, pintores y hasta doctores en agraz; una sociedad bizarra que alguna vez celebró en Semana Santa banquetes de promiscuación.

De esta «Bohemia», de sus compañeros de estudios y hasta de sus relaciones personales como ateneísta, pudo Vera convencer a algunos hombres. El caso es que en el Banquete de Fraternidad Internacional donde se fundó el Partido el 2 de mayo de 1879, entre los veinticinco o treinta congregados, y sin contar a Jaime Vera, hay un literato, un doctor en Ciencias y tres médicos o estudiantes de Medicina.

Además, en la tertulia de los socialistas en el café del Brillante o en el de Lisboa, con frecuencia aparecía Vera con algún presunto adepto.

Por desgracia, estos adeptos eran como estrellas fugaces, y hasta lo fueron los que estuvieron en el histórico banquete.

En él se creó el Partido, acordándose nombrar una Comisión que redactara el programa y la organización; bien entendido que ésta había de ser secreta hasta que cambiasen los tiempos y desapareciera la teoría de los partidos ilegales.

Para la Comisión se eligió a Vera, a Gonzalo Zubiaurre, a Ocina (médicos aquéllos y estudiante éste) y a Iglesias y Victoriano Calderón (tipógrafos).

Entregado al ejercicio de su profesión, ausente de Madrid precisamente por esta circunstancia, Jaime Vera no pudo tomar parte en los trabajos de la Comisión.

Por primera vez la Medicina privaba al Socialismo de la actividad de Vera, que muchos años después escribiría con justicia: «Sólo de vez en cuando me doy con el pueblo, como de refilón y por accidente.»

Y que en alguna ocasión diría en la intimidad, con legítimo y modesto orgullo: «Tanto como con mi actividad puedo ser útil a las ideas con el renombre y la respetabilidad que yo pueda conquistar.»

Tan dentro de la realidad está este concepto, tan justo es, que a él responde exactamante algo que con fina perspicacia ha escrito, caliente aún el cadáver de Vera, un joven intelectual, honra del Socialismo:

«Siempre que al Partido Socialista se le echaba en cara, para recriminar a Iglesias, su obrerismo, el Partido, orgullosamente, respondía: «Tenemos a Vera...»

Pero el grande hombre no negó su actividad. Intervino en las reuniones y asambleas secretas, y, sin volver nunca más a fener cargos en el Partido, sancionó la organización, ya pública, de la Agrupación Socialista,

en la que había, por cierto, un artículo que excluía a los «obreros intelectuales» de todo cargo, dignidad o representación.

Y por aquellos días ya remotos aceptó el cometido de redactar el *Informe* escrito que la Agrupación Madrileña había de presentar a la Comisión de Reformas Sociales, trabajo que no llevaría su firma, trabajo que había de ser anónimo.

V

El 30 de julio de 1884 invitaba la Comisión al Partido Socialista para que informase; el *Informe* escrito está fechado en 1.º de diciembre del mismo año.

Todo hombre que haya saludado no más que las materias comprendidas en el formidable estudio que llena como cien páginas de nutrida lectura; que vea el vigor dialéctico de ellas y la total y absoluta ausencia de vana palabrería; la rica substancia de cada párrafo y de cada concepto; la suma de nociones que implica su redacción; lo impecable, bello y castizo de la forma— la *difficil sobriedad*—, sentirá profunda admiración por el hombre que en tan cortísimo tiempo como son cuatro meses, quizá escasos, supo labrar este monumento de la literatura socialista internacional.

¡Un hombre que contaba veinticinco años!

Escrito este *Informe* en francés, en inglés, en alemán, en italiano, hoy estaría, como el *Manifiesto Comunista*, traducido a todos los idiomas cultos, y

sería para los socialistas de todos los países como un arsenal de armas con que combatir victoriosamente al adversario, o bien libro que convenciera y conquistase para la causa a los hombres ilustrados de buena voluntad; publicado en castellano... La tercera impresión del excelente trabajo se agotó hace bastantes años, y acaso no se editó de nuevo porque durante este tiempo la literatura socialista castellana se *enriquecía* sobradamente con cuentos, novelas, dramas, rebeldías y hasta divagaciones fruculentas que están pidiendo un «donoso y grande escrutinio».

No vamos ni aun a intentar como un resumen del magnífico, severo y luminoso documento, que de seguro será reimpresso juntamente con los demás trabajos socialistas de Vera; sí a dar en pocas palabras un índice de él.

Demuestra la iniquidad del capital; el antagonismo de los intereses obreros y capitalistas; cómo se disuelve la sociedad burguesa; la ineficacia de todo remedio con que se pretenda mejorar la condición del obrero sin lesión del interés capitalista; cómo las reformas obreras o no son nada o son producto de la fuerte y consciente presión de las masas proletarias, y como en aquellos días el proletariado español carecía de fuerza orgánica y consciente, ni el Partido esperaba absolutamente nada de la Comisión de Reformas Sociales, ni pedía a los Poderes políticos otra cosa que libertad, amplitud de derechos y respeto para ellos.

He aquí un pasaje del *Informe*:

«Resulta, por tanto:

»Que la misión de los Gobiernos no es mejorar la condición del trabajador.

»Que las ventajas obtenidas hasta aquí por los obreros son triunfos del trabajo sobre la burguesía y los Gobiernos que la representan.

»Que no teniendo la clase obrera española la fuerza necesaria para imponer sus pretensiones, no debe esperar ventaja alguna de los trabajos de la Comisión informadora ni de los desarrollos del pensamiento a que su creación obedece.»

Y este otro pasaje, limpiamente liberal al bello estilo clásico:

«¿Queréis de buena fe favorecer a la clase trabajadora? Reconocedla los derechos políticos; permitidla la libre emisión de sus ideas, la asociación en defensa de sus intereses, la libre acción política, en suma. Reservaos, en buen hora, el derecho de mantener por la fuerza el orden público. Nosotros, que sabemos que toda revolución va precedida de una evolución más o menos rápida, pero siempre larga, cuidaremos de no daros el gusto de que resolváis por la fuerza lo que no podáis alcanzar con la razón. Quedaremos citados para la batalla final. Entretanto viviremos dentro de la legalidad, limitada sólo por la necesidad del orden público; lucharemos pacíficamente en la Prensa, en los comicios, en las asambleas. Compararemos pacíficamente intereses con intereses, doctrina con doctrina. Veremos cuáles triunfan en la opinión pública, en la conciencia social. No pedimos, pues, más que lo que constituía vuestro criterio frente al régimen antiguo. Queremos sólo liber-

tad. Decimos ahora lo mismo que vosotros decíais: «Que la libertad resolverá toda contradicción y todo »antagonismo; que es la válvula de seguridad contra »las explosiones sociales.» Dadnos sólo eso, libertad, y habréis hecho por la muchedumbre proletaria lo que no podemos esperar de vuestra protección económica.»

Publicóse el *Informe* en un modesto folleto en 16.º impreso en mal papel. Sobre escribirlo y no firmarlo, Vera contribuyó a sufragar los gastos de la edición.

Después se insertó el *Informe* en las columnas de *El Socialista*, y lo reimprimió en una edición más cuidada, el año 1895, la «Biblioteca Socialista».

En esta edición aparece ya con el nombre de Jaime Vera, que revisó su trabajo, corrigiendo sólo errores materiales.

VI

Hacia mediado el año 1882, la Agrupación madrileña había convenido en la necesidad de publicar un periódico semanal, porque aunque *El Obrero*, de Barcelona, órgano de las Tres Clases de Vapor, dispensaba amplia hospitalidad en sus columnas a los escritos socialistas, esto no era bastante.

Para publicar el periódico hacía falta dinero, y se convino en allegarlo mediante la colocación de acciones de una peseta. Vera adquirió desde luego bastantes.

En enero de 1886 se reunían los *copropietarios*, esto

es, los socialistas que poseían acciones, acordaban publicar el periódico y discutían previamente las bases fundamentales de la publicación.

Desde los tiempos de *La Solidaridad* se profesaba verdadero horror a cuanto pudiera suponer exaltación personal, y así se resolvió que los trabajos que se insertaran en *El Socialista* no llevaran firma. Vera combatió este criterio, indicando el opuesto, por no ver tales riesgos. (Con el tiempo, y sin acuerdo alguno, prevaleció de hecho la opinión de Vera, y hasta diremos que con verdadero y reprehensible exceso.)

¿Qué conducta había de observar el periódico con los partidos políticos, y, más concretamente, con los republicanos? Vera opinaba que se los debía combatir a todos, pero observando cierta benevolencia con las fracciones del republicanismo.

Se aprobó una base, propuesta por Iglesias y otros compañeros, en la que, si se hacía constar que entre las formas de gobierno republicana y monárquica *El Socialista* y el Partido optaban sin vacilar por la primera, se declaraba que «la controversia de doctrina había de ser más acentuada con los partidos avanzados», porque en ellos, y no en los otros, militaban masas obreras o a ellos quería llevarse las.

Indudablemente los congregados pensaban en Vera como el primero de los individuos del Consejo de Redacción de *El Socialista*, aun sabiendo bien todos que los deberes y necesidades de su profesión le impedirían cumplir con la debida asiduidad; mas después de lo acordado nadie pensó que nuestro hombre pudiese

aceptar un puesto cuya aceptación implicaba renuncia del criterio mantenido...

Jaime Vera se alejó entonces de la vida activa, entibiándose un tanto su amistad con Iglesias y con los partidarios del acuerdo o acuerdos votados.

Pero Jaime Vera siguió inscrito en el Partido, atento a la marcha de él, leyendo *El Socialista*, cotizando, enterándose de todo con interés solícito por conducto de un pobre zapatero de guardilla, algo y aun mucho olvidado, Ignacio Franco, a quien siempre acogió Vera con cariño como de hermano, y con el que departía, discutía y hasta porfiaba de igual a igual.

Siguieron el dictamen de Vera hombres de valer y aun algunos miembros de la antigua Internacional; pero éstos, más *radicales*, borraron su nombre de las listas del Partido. De todos ellos sólo uno volvió: Francisco Mora, y eso después de un escarceo como de cinco años.

Y como no queremos callar nada, se ha de añadir que antes de cobrar Franco los recibos mensuales lo hacía otro compañero. Menos cuidadoso éste, un tanto abandonado Vera, quedaron sin cobrar unos recibos.

Un exceso de pasión o de celo administrativo y reglamentario ocasionó la baja de Vera, que reclamó.

Pero aunque abonó todos los atrasos, como se había corrido la numeración perdió el número antiguo, y ello ocasionó honda amargura al ilustre fundador del Partido.

VII

El 20 de febrero de 1890 se verificaron unas elecciones legislativas en Alemania, logrando la Democracia Socialista cerca de millón y medio de votos.

Una carta o una visita de Vera a Iglesias para felicitarle de la hermosa victoria, para mostrar su júbilo por ella, anudó las viejas amistades.

No se habló de lo pasado, sino del presente y de lo porvenir, y quedó restaurada cierta cordialidad de relaciones con los partidarios del criterio vencedor en enero de 1886, que sólo concluiría la muerte.

Vera, optimista siempre, en plena fiebre de trabajo profesional, triunfador, con una clientela de personajes políticos, de aristócratas, de gentes adineradas, estimado y alabado de toda la intelectualidad, admirado de sus compañeros, anunció propósitos y formuló planes.

Un poco de espera y entraría en la vida activa, ahora de lleno y asiduamente. Cierto que en aquellas circunstancias podía perder, pero no mucho, y, además, él nunca recató ni siquiera veló sus ideas, que conocían desde el general Azcárraga hasta D. José Canalejas.

Tenía razón. Vera, recién salido de la Facultad de Medicina, no podía ser para las ideas más que una inteligencia y una actividad prodigiosas. Ahora, lanzándose a la vida de la acción, llevaba a las ideas un prestigio científico, y reflejamente, y por sus relaciones so-

ciales, un aumento de simpatías hacia el Socialismo o, cuando menos, una aminoración de antipatías.

Eran aquéllos los días tristes y dolorosos de un inacabable paso por el desierto; eran los días en que cada militante activo e inteligente tenía su oración del huerto; eran los días de amargura y desesperanza; eran los días en que una docena de pobres obreros se apiñaban en comunión fraternal para darse calor y también para substraer al Partido y a Iglesias de los hielos de la indiferencia, de las burlas y chacotas de la ceguera... ¡Eran días que no conoce ni siquiera imagina quien no los vivió! Iglesias, tenaz y firme, alentaba a todos con la palabra y el ejemplo; pero todos prestaban a Iglesias el inmenso beneficio de impedir que a él llegaran directas la befa, el escarnio, la injuria, la hostilidad, el menosprecio de los hermanos de explotación.

En tales momentos la *reconciliación* de Jaime Vera fué bien inestimable; rayo de luz esplendorosa en negrasísimas y eternas tinieblas.

Ya no era *Chisterilla*—así le llamaban en la intimidad algunos fundadores y hombres de primera hora, como a Iglesias se le llamaba el *Rubio*—, el vencedor en el Ateneo, donde asombró a los Azcárate, Moret, al P. Sánchez, al geólogo Vilanova y Piera, al sabio Laureano Calderón, a tantos hombres de mérito intelectual; ya no era sólo una espléndida esperanza que comenzaba a florecer en aquel inolvidable informe pericial respecto del cura Galeote, homicida del primer obispo de Madrid-Alcalá.

Ahora, precisamente en aquellos días de 1890, nues-

tro doctor vencía en la Academia de Jurisprudencia discutiendo con criminalistas, con profesores, con los abogados más considerables y más expertos en el arte de defender el pro y el contra, con hombres peritísimos en lo que llaman ciencia del Derecho. Y vencía oponiendo las teorías socialistas puras lo mismo a las teorías de los hombres de la escuela de Ferri y Lombroso que a los elementos defensores del Derecho penal clásico. Vencía en aquel núcleo de intelectuales; vencía por el Socialismo en un terreno que no era el suyo; vencía hasta por su elocuencia, por el bello y noble modo de decir, que a veces no excluía la ironía, flor del ingenio...

Y cuando, levantada la sesión y concluidas las breves polémicas personales que siguen siempre, ex cátedra, a las controversias, Vera atisbaba al montón de proletarios mal trajeados que llenaran la tribuna pública, y desde ella siguieran con hondísima emoción y noble y triunfador regocijo aquel debate, estrechaba las manos de todos y los abrumaba con elogios admirativos, poniendo como avergonzado su labor muy por debajo de la obra tenaz, empeñada, ruda e ingrata de los que entonces eran oscuros y ahora cayeron todos o casi todos en el olvido, aunque no merecidamente. ¡Cuánta cordialidad; qué sincera y hondísima fraternidad! En ocasiones no parecía sino que Vera envidiase al pobre albañil, al humilde tipógrafo.

—¡Hola, Matías! ¿Cómo vamos, Iglesias? ¡Salud, Serna! ¿Usted por aquí, *Fulano*? ¡Buenas noches, amigos!

Y rechazaba los elogios con palabras y ademanes de leal modestia, y añadía:

—Los admiro porque trabajan de veras por las ideas.
¿Cuándo podré imitarles?...

¡Oh nobles supervivientes de la legión heroica! ¡Cuán confortados, cuán llenos de fe y de confianza salíamos de aquel vestíbulo de la Academia! ¡Cómo nos sentíamos todos vencedores también, y también invencibles!

VIII

Ocurría todo esto alrededor de aquel *primer* 1.º de Mayo que aguardábamos temiendo y no deseando la Demostración que debíamos celebrar, y procurando extremar la modestia para que el acto fuese lo menos deslucido o desastroso posible.

¡Nos equivocamos, porque la Demostración fué tan espléndida como ni aun en sueños rosados la viera el más optimista!

Y aunque, en rigor, de aquella exuberante y repentina floración no cuajaron sino muy pocos y no muy lozanos frutos, cuando, restaurado el sufragio universal, se iban a efectuar con él las elecciones de 1891, todos, sin decirnoslo, acariciábamos la esperanza de una nueva y alegre sorpresa, de otro *milagro*.

Vera había prometido entrar en la vida activa; ninguno osaba recordarle su promesa, porque todos pensaban que nadie como él podía conocer y elegir el momento de realizarla.

En vísperas de elecciones, él mismo solicitó como un honor escribir el manifiesto electoral, y también que le

fuese permitido auxiliar con algún dinero a los gastos electorales.

(Se ha de advertir que en la candidatura, completa por cierto, no aparecía el nombre de Jaime Vera y sí constaban los nombres de un tipógrafo, un albañil, un cerrajero, un carpintero, un marmolista y un zapatero.)

Cumplió como quien era ambos ofrecimientos. El manifiesto, cuya paternidad verdadera sólo dos o tres individuos conocen hoy, se publicó en hoja suelta y se insertó en el núm. 257 de *El Socialista*. Es éste el segundo escrito socialista de Jaime Vera, y, aunque breve y en forma de alocución, iguala al *Informe*.

Poco más de un año después, Vera, que presenciara la hermosa Manifestación de 1890; que asistió, mezclado con la muchedumbre, a la Demostración de 1891 en los Jardines del Buen Retiro —que destruyeran el mal gusto y la sordidez burguesa—, pensó que era llegado el momento de recabar participación activa en los actos socialistas o proletarios, de mezclar su voz con las voces de obreros del taller y de la fábrica, y como una merced, pidió que se le dejara hablar el día 1.º de Mayo de 1892.

Vera, fundador del Partido, autor de aquel *Informe* que se consideraba, y con razón, como la *Biblia* de las ideas en España, quería por vez primera manifestar en un acto esencialmente obrero, y de insuperable resonancia entonces, su comunión de principios con los obreros.

Y habló en aquel recinto, que parecía dispuesto por la gentil Maya para que los hombres de trabajo cantasen

esperanzas y anhelos; en aquel paraje risueño, todo aleteo y trinos de pájaros, rumor de frondas—gráciles como de primavera—, fragancia de hierba fresca, de claveles tempranos, de lilas, de rosas en capullo...

¡Oh, recuerdos, encantos y alegrías
de los pasados días!

Estaba Vera en la plenitud de la vida; contaba los mismos años de Saint-Just y de Cristo. Derecho y esbelto, vestía con verdadera elegancia, esto es, con sencillo y pulcro decoro. Coronaban su noble cabeza cabellos como la endrina, que la brisa agitaba haciéndolos caer a veces sobre la frente augusta de pensador. Orlaban su cara, de varonil belleza, cuidada barba que hacía resaltar aún más el brillo de aquellos ojos, escrutadores e inteligentes cual ningunos, brillo que aumentaban los espejuelos de cerco áureo.

Millares de manos rompieron en aplauso inacabable; millares de bocas se abrieron para aclamar al hombre bueno y generoso.

Era el doctor, para nuestro gusto, el orador perfecto. Voz clara, bellamente varonil; ademán justo y elegante; gesto sobrio; limpieza y precisión de lenguaje... El gran Pi y Margall, pero animado de fuego.

Todo había coincidido para la grandeza y la belleza de aquella Demostración. Telegramas de las Agrupaciones Socialistas españolas; mensajes de solidaridad de Portugal, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Austria, Hungría, Holanda, Dinamarca, mensajes que suscribían Guesde, Lafargue, Turati, Torne, Leonor Marx, Clara

Zelkine, Liebknecht, Bebel, Mendelshon, Knudsen, Cornelissen...

Cuando cesaron los aplausos y las aclamaciones, que Vera rechazaba con un movimiento de cabeza suyo, todo modestia y dignidad, habló, y vino a decir lo que sigue, escuchado en silencio religioso pleno de emoción, hasta por los que no podían oír, que eran centenares:

«Yo no soy un obrero manual, pero concurre con mi trabajo a la obra de la producción, y he sentido las rudas fatigas del forzado trabajo intelectual, tal vez más doloroso que el vuestro. Tengo, pues, derecho a llamarme trabajador, y estoy a vuestro lado con el corazón y con el cerebro. Las cariñosas manifestaciones con que me habéis recibido, demuestran que me consideráis como un obrero más, como uno que no comulga ni simpatiza con la inepta, prosaica e infame burguesía.

»Si en esta Manifestación universal sólo se pidiese la jornada de ocho horas, aún me tendríais a vuestro lado; pero representa más, representa la tremenda, la pavorosa cuestión social, y en este pleito sólo pueden permanecer indiferentes los *tenderos*, no los hombres de razón y de inteligencia. Todos los que pensamos y sentimos estamos con vosotros.

»El Socialismo dejó ya de ser una idea tan generosa como vaga para revestir los caracteres de un hecho tan ineludible como una ley física, y por vez primera se da en la historia el hecho de la confluencia de obreros manuales e intelectuales que buscan una redención común. Unidas la fuerza y la inteligencia, el triunfo es

seguro, porque la burguesía sólo podrá oponernos fuerza comprada e inteligencias corrompidas.

»Hay que arrasar el baluarte de las preocupaciones sociales que defiende aún a los burgueses, lo que se logrará con la propaganda; y hay que luchar contra los intereses, empleando para ello la fuerza, puesto que con la fuerza los defenderá. Y yo lamento que el Socialismo, que es todo humanidad y amor, tenga que apelar aún al derramamiento de sangre; más ello parece imponerse fatalmente, y nosotros no podemos abandonar los derechos del cuarto estado, ni el afianzamiento de la civilización.

»El triunfo no está tan lejano; no trabajamos—como por ahí se dice—para las generaciones venideras; trabajamos para la generación actual.»

IX

No podía Vera haber elegido ocasión más resonante en que llevar a cabo «su segundo suicidio». El 1.º de Mayo era entonces, y desde mediado abril, el asunto único para la Prensa, y este interés culminaba el día de la Demostración. Artículos, noticias, opiniones de todos los personajes habidos y por haber, anuncios terroríficos, éxodo de burgueses timoratos, bandos truculentos, tropas acuarteladas, paseos militares... ¡El Milenario, la *Jacquerie*, la plenitud de los tiempos, el último sello y la última trompeta del *Apocalipsis*! ¡Y en 1892

hasta la revuelta anárquica de pobres campesinos jerezanos y el garrote para cuatro de ellos!

En tales momentos, el afilado médico de linajudas y acaudaladas históricas, de adinerados y aristocráticos reblandecidos; el humanista capaz de poner escolios en griego a Homero, en latín a Horacio, en francés a Rabelais, en inglés a Shakespeare, en castellano del siglo de oro a Cervantes; el artista que percibía todas las armonías y bellezas de la música de Beethoven, de Mozart, de Wagner, y hasta podía definir y aquilatar las proporciones, dibujo, colorido, expresión y composición de Velázquez, de Goya; el sabio respetado y admirado de los más sabios; el hombre de mundo y de buen gusto, estimado de lo más florido de la intelectualidad madrileña, con la que departía de igual a igual y con certero juicio crítico, en aquellos momentos se ponía al lado de las turbas incapaces de idealidad, roídas de viles apetitos materiales, vandálicas contra toda manifestación del Arte, ciegas para la belleza, torpes, groseras, incultas, desagradecidas, montón, turba, populacho, canalla..., en el sentir de los ahitos.

¡Y qué momentos también en lo político! En la cúspide de su poderío casi sin límites, Cánovas y Sagasta hubieran hecho de Vera un ministro de la Corona; recién unida la minoría republicana parlamentaria, desde Azcárate a Pi y Margall, Vera hubiera sido diputado, y en el Parlamento habría llegado, como en todas partes, a ser primero entre los primeros. Y aun así, el honrado no sería Vera, sino el partido en que ingresara. ¡Posición, honores, hasta riqueza!...

Con ser hombre votado a la verdad investigada y adquirida por el esfuerzo intelectual propio y por la observación personal directa; con estar, no ya educado en la austera disciplina científica, sino compenetrado con esta misma disciplina; con ser natural y esencialmente *hombre de método*, Vera jamás fué *metódico*; esto es, no fué el señor que se traza un horario y que en él encasilla ocupaciones y aun preocupaciones... Vera no pudo nunca levantarse a tal hora, comer a cual otra, leer este o aquel periódico durante tantos y cuantos minutos, visitar enfermos de diez a doce, estudiar de cuatro a seis, *dedicarse al Socialismo* de siete a ocho, despachar la *correspondencia* de las tantas a las cuantas—esto de la correspondencia es siempre negocio trascendental, ¡oh prohombres o aspirantes a prohombres!—, *recibir* a las doce, etc., etc. Al encasillamiento por horas y minutos de la actividad y aun de la satisfacción de necesidades materiales debe corresponder otro encasillamiento de papeles, notas y apuntes, entre los que se cuenta—y esto es también de suma importancia, ¡oh prohombres, etc.!—un libro por orden alfabético de amigos, digámoslo así, a quien enviar tarjeta en principios de año y en ciertos días, y esto tampoco supo hacerlo...

Nuestro doctor era un hombre sin método, porque cuando leía perdía la noción del tiempo, y lo mismo cuando estudiaba, y cuando pensaba; y porque se entregaba todo él con todas las potencias de su espíritu a una sola actividad, para ella le parecía corto todo el tiempo.

Por esto, aun siendo *igual* y hasta diríamos que *isócrono*, parecía desigual e intermitente.

Añadamos que Vera «sintió siempre repulsión por la populachería» y que acaso extremó esta repulsión llevándola a límites injustos. Un matiz más de su distinción y de su superioridad.

Ello es que llegaron ocasiones solemnes— digámoslo así—, y en ellas no podía contarse con Vera, y no por alejamiento, ni aun por desidia, sino por esta *desigualdad*, que, en el fondo, y bien miradas las cosas, no era sino *intensidad*.

El mismo Vera se delató, cuando dijo a los obreros del libro: «De mí sé decir que, teniendo siempre a Cervantes a mano, jamás dejé su lectura por mi gusto, y nunca sin haber sacado de ella regocijo, amargura y enseñanza...»

Nuestro hombre tenía que *consumir un turno* en la Academia de Jurisprudencia, o que explicar una lección en el Anfiteatro de San Carlos ante lo más selecto del protomedicato, o que hablar en una asamblea de 1.º de Mayo, o que escribir unas cuartillas, y esto aquel mismo día, pero...

Entre los enfermos vistos aquel día en el Hospital, en la consulta o en las visitas—y con todos se detuvo el tiempo necesario—había uno que le hacía pensar; tal vez el del Hospital, acaso el que no le iba a *reportar utilidad alguna*.

O quizá en un rato de vagar releyó *Macbeth* o bien *El licenciado Vidriera*, y la bella locura de éste o el «hay casos en que el enfermo debe ser su propio médico»

del doctor de lady Macbeth le sumieron en hondas reflexiones.

O acaso inyectó *curare* a un conejillo de Indias y estuvo observando al pobre bichejo para determinar por la falta de contracciones del iris el momento aproximado en que pasó de la vida a la muerte, y luego lo olvidó todo pensando en que no es paradoja lo relativo de estos conceptos en cuanto suponen límite o frontera bien determinados.

O ¿quién sabe si algún «compañero» que fué a la consulta—gratis por supuesto—tanto como enfermo resultó amigo con quien departir o contrincante con quien discutir?...

Y se suspendía la lección en San Carlos, y la sesión en la Academia de Jurisprudencia, y no hablaba Vera en la reunión electoral y no había cuartillas para el número de 1.º de Mayo.

Desde 1892 hasta que los simpáticos, desinteresados, cultísimos y bien intencionados muchachos de la benemérita y nobilísima Escuela Nueva suscitan en él una actividad socialista, la mayor de su vida, transcurren así veinte años.

En 1893 vuelve a hablar en los Jardines del Buen Retiro, el 1.º de Mayo; pero cuando llegan las elecciones, si deja que su nombre figure en la candidatura con dos tipógrafos, un panadero, un albañil y un obrero en hierro, si contribuye a los gastos electorales, ni habla ni escribe.

En 1894 envía un artículo para *El Socialista* de 1.º de Mayo, pero no habla en la reunión, y como de esta

circunstancia sacara partido el diario republicano *La Justicia*, trayendo a cuento la supuesta y tradicional hostilidad y animadversión de Iglesias hacia Vera y aun de los obreros manuales hacia los intelectuales, nuestro héroe envía al diario, que entonces dirigía el señor Francos Rodríguez, esta noble carta:

Señor director de *La Justicia*.

»Muy señor mío y de mi consideración: En el número del 2 del corriente se dice que fuí excluído este año de la lista de oradores en los *meetings* socialistas del 1.º de Mayo. Debo rectificar esta afirmación inexacta. Fuí designado para hablar en nombre de la Agrupación Socialista Madrileña, y la Prensa dió cuenta de mi designación. No concurrí por achaques de salud, que me condenan a una inacción muy dolorosa para mí. Como pude cooperé a la obra, y de ello es prueba el articulejo que suscribí en *El Socialista* del día 1. Sólo una imposibilidad física pudo privarme del honor de secundar a los demás trabajadores que, en las reuniones de 1.º de Mayo, abogaron por la causa proletaria y por la doctrina socialista; trabajadores todos con cuya compañía me siento honrado y enaltecido, y entre los cuales no conozco ninguno que se preocupe de «competencias» pueriles, ni «vaya al club pasándose antes por algún Centro oficial», ni «gaste gabán de pieles ni viaje en primera», por desgracia suya, ni «convierta las ideas en granjería».

»Iglesias, que tiene especialmente la fortuna de sufrir persecución por *La Justicia*, no necesita mi de-

fensa ni mi fianza moral. Veinticinco años de vida pública, tan intachable como lo fué siempre su vida privada, pueden más que las acusaciones indeterminadas de sus adversarios políticos.

»Agradezco en el alma, señor director, los elogios hechos por su diario a mi modesta persona; mas a la discreción y a la rectitud de usted no puede ocultarse que yo he de sentir en lo vivo ver maltratados a correligionarios y amigos merecedores de mayor alabanza, pues luchan en condiciones sociales más desventajosas por la misma causa grande y justa.

»Rogando a usted la inserción de estas líneas, es de usted afectísimo seguro servidor, q. b. s. m., *Jaime Vera*.

»7 de mayo de 1894.»

En 1895 concurre a la Demostración de 1.º de Mayo, celebrada en el Frontón de San Francisco, mas sólo como espectador.

En 1896 es candidato, pero no interviene en la campaña electoral ni en la Demostración de 1.º de Mayo.

Delegado del Partido, en este mismo año, en el Congreso internacional de Londres con Iglesias, Quejido y Casimiro Muñoz, hablando el inglés y el francés perfectamente, igual por su *intelectualidad socialista* a las primeras figuras de aquel Congreso, Vera no interviene en los debates y cede modestamente a Iglesias el honor de hablar en el *meeting* de Hyde-Park.

En 1897 ni aun escribe en *El Socialista* el acostumbrado artículo de 1.º de Mayo.

En 1898 sí escribe un artículo digno del momento histórico; es de nuevo candidato, pero su actividad queda reducida al artículo. Como siempre, su donativo para los gastos electorales corresponde a su generosidad de manirroto.

En 1899 no toma parte oral ni escrita en la Demostración de 1.º de Mayo, no habla ni escribe nada con motivo de las elecciones, aunque de nuevo se aviene a ser candidato.

Pareciéndole—y lo eran—decisivos aquellos momentos, acepta un mandato para el Congreso del Partido, y no asiste a las sesiones.

En 1900 escribe para *El Socialista* de 1.º de Mayo.

En 1901 vuelve a escribir para *El Socialista* de 1.º de Mayo; es otra vez candidato y en el Liceo Ríos pronuncia un discurso maravilloso, que, durante dos horas, emociona y cautiva al auditorio.

En 1902 envía el casi obligado artículo de 1.º de Mayo.

En 1903, sobre escribir, acepta la designación para hablar en la reunión pública de ese día, pero no concurre y envía las siguientes líneas:

«Compañeros: Os ruego que me consideréis presente en esa fiesta de fraternidad obrera; a todos os estrecho las manos; ante todos vosotros reitero mi adhesión, tan firme hoy como hace veinticinco años, a la causa de la emancipación del trabajo.

»Entre vosotros están, en gran número, los votantes de la candidatura socialista. Permitid que públicamente declare mi deuda de honor con ellos por sus sufragios y mi orgullo por mi derrota bajo sus banderas.

»Nuestra común derrota es derrota de nuestros deseos, no de nuestros propósitos.

»Es derrota de nuestros deseos, pues la muchedumbre trabajadora no tiene representación genuina y suya frente a la representación de la minoría social burguesa: que esto es el Parlamento. No es derrota de nuestros propósitos, que son sembrar para el porvenir.

»Nuestra común derrota debe apenarnos, pero también enorgullecernos.

»Debe apenarnos, porque la masa trabajadora no ha acudido a nuestro llamamiento, porque los trabajadores duermen: los más, duermen el sueño de la indiferencia (enfermedad de oprimidos); otros, duermen el sueño de las preocupaciones obreras (que también los obreros tienen sus preocupaciones); algunos, que parecen despiertos, siguen, en su ensueño generoso, pero lamentable, banderas que no son las suyas y que tendrán que combatir mañana.

»Debe nuestra derrota enorgullecernos, porque en un porvenir no remoto, cuando la muchedumbre proletaria ejercite el sufragio, que será la hora de sus triunfos, volverá la vista al pasado y se acordará de nosotros, y reconocerá que le señalamos el buen camino, y que lo seguimos sin vacilar, no para nuestro triunfo hoy, sino para el suyo mañana; y reconocerá que su indiferencia de hoy es culpable, injusta y sólo para los enemigos provechosa.

»Nuestro orgullo será haber cumplido el deber de servir a la buena causa, los primeros, *por todos los caminos.*

»*Ejercitad TODOS vuestros derechos políticos.*

»Esos derechos, que se menosprecian, han costado muchos siglos y mucha sangre.

»Esos derechos son lo que os hacen superiores a vuestros ascendientes en opresión, los esclavos y los siervos.

»Esos derechos os darán la organización, la fuerza y la victoria.

»Aprendamos en los hechos.

»Treinta años han clamado los republicanos por la revolución, sin fruto.

»Han votado un día, y las instituciones que en España obstruyen el camino del progreso tiemblan.

»Lo que ellos hacen por su causa, hacedlo vosotros por la vuestra, que es la del *Derecho íntegro*, la de la humanidad entera.

• »Con corazón sano os lo digo.

»*Ejercitad todos los derechos políticos.*

»Recibid el consejo con corazón sano.

»Y hoy, como ayer y como mañana, unid mi voz a vuestro grito: ¡Viva la emancipación del trabajo! ¡Viva la Revolución social!—*Vera.*»

Desde 1904 a 1907, *El Socialista* de 1.º de Mayo deja de engalanarse con el artículo de Vera. Éste se aviene a ser candidato en las elecciones legislativas de 1905 y 1907: contribuye a los gastos, pero nada más.

En 1908 hay artículo de 1.º de Mayo, mas no en 1909.

En 1910, y cuando *El Socialista* celebra—con un año de anticipación, por cierto—su vigésimoquinto aniversario, sus bodas de plata, escribió uno de sus mejores

trabajos, un trabajo en el que, sin proponérselo, sin pensarlo, se retrata a sí mismo. He aquí la fotografía moral de Jaime Vera:

«Don Cayo Mendivil y Mandonio es un perfecto caballero, llano y afable sin humildad y digno sin altanería. Cumple sus deberes, es sensible al dolor ajeno y simpatiza con el pueblo trabajador, que conoce de cerca y cuyos defectos se explica, aunque no los justifique... Su orgullo era poderse llamar trabajador, y le molestaba que le llamasen burgués o rentista. Naturalmente, era dadivoso y hacía mucho bien.»

Pero con este artículo cesa toda su actividad hasta que en 1912 es visitado de los inteligentes, cultísimos y discretos muchachos, universitarios casi todos, creadores de la Escuela Nueva.

Y desde este momento Vera escribe para todos y escribe maravillosamente, y hasta asiste a los Congresos y trabaja en las Comisiones.

X

En el Congreso de Bilbao, celebrado en 1890, se acordó que todas las Agrupaciones socialistas de España estaban obligadas, sin excusa alguna, a presentar y votar una candidatura propia en todas las elecciones legislativas generales, y enfrente de los demás partidos.

Ya dijimos que al acercarse las elecciones de 1891 casi todos nos forjábamos la ilusión de que acaso se produjera en Madrid un *milagro* análogo a aquel de que

fuimos testigos en 1.º de Mayo de 1890, por donde se lograra una victoria, y aun algunos pensábamos que acaso se venciese en Mataró.

El resultado nos dejó cariacontecidos y tristes, y cuando llegaron las segundas elecciones, las de 1893, nadie pensaba en la eventualidad de un triunfo logrado en Madrid, teniendo todos la certeza de una *derrota* aún mayor que la anterior, por presentarse unidos, y muy recientemente, los tres grandes partidos republicanos (centralista, federal y progresista). Más aún. Como la candidatura cerrada del Partido Socialista no podía restar votos a la monárquica y sí a la republicana, los republicanos le hacían una guerra cruel, y los monárquicos — hoy puede ya decirse — la alentaban. (Por entonces llegaron a individuos del Partido, y por conducto de amigos officiosos, ciertos ofrecimientos de dinero para los gastos electorales, que fueron rechazados dignamente.)

En tales condiciones Vera se avino a que su nombre figurase en la candidatura, que obtuvo unos ochocientos votos muy escasos.

Recordemos, para conocer hasta dónde llegó el sacrificio de Jaime Vera, que éste fué siempre partidario de una conducta de benevolencia con los republicanos. Recordemos también que en el republicanismo militaban amigos y maestros del ilustre doctor.

Se desiste en Madrid de la candidatura cerrada, acordándose que sean sólo dos los nombres que la constituyan, y desde 1896 a 1907 — seis elecciones generales —, Vera e Iglesias son los candidatos de antemano conde-

nados conscientemente a la derrota, y Vera acepta el sacrificio.

Y cuando se crea la Conjunción, Vera ya no es candidato por Madrid ni por aquellos distritos de triunfo cierto o muy probable; pero sigue siéndolo de otros distritos, continúa siendo, ejemplar y dignamente estoico y disciplinado, el candidato de derrota segura, el candidato de unos centenares de votos.

Y, sin embargo, ¡cuán honrado se hubiera visto el Parlamento español, y cuánto hubiese ganado con la presencia del pensador, del sabio, del orador insigne, del polemista invicto!

XI

No fué Vera un médico corriente, sino médico especializado, y en esta especialidad el mejor de España y uno de los mejores del mundo, tanto que a su clínica concurrían gentes venidas expresamente de otros países.

No podía, por tanto, ser médico de pobres, salvo en cuanto era médico del Hospital Provincial, con salas y consulta pública de su especialidad.

Mas para lo que era de su especialidad —enfermedades del sistema nervioso— y aun para los casos muy graves que requerían consejo, la casa de Vera estaba abierta con sólo nombrarse socialista u obrero.

En estos casos, harto frecuentes, Vera se enteraba minuciosamente, observaba, estudiaba, daba el consejo

oportuno, formulaba opinión y plan—a veces visitaba asiduamente al paciente en el domicilio de éste—y luego, lo mismo con el culto que con el ignaro, departía cordial y fraternalmente acerca de las ideas, del movimiento, de la organización, perdiendo entonces la noción del tiempo y siendo preciso recordarle que en la antesala había enfermos esperando ser llamados.

En estos casos, sentado el «compañero» en cómoda butaca, oía a Vera discurrir luminosamente, con aquella excelsa claridad de pensamiento y de palabra tan suya, mientras paseaba por la gran sala de aquel caserón de la calle de la Magdalena o de la calle de Atocha...

Y aun así, cuando ya Vera estaba postrado por la enfermedad, y en su casa habían entrado la penuria y la escasez, como un médico amigo suyo—el doctor Eleicegui—le hiciera notar estos detalles, el grande hombre, en vez de quejarse, dijo con sencillez sublime:

—¡Y cuánto bien he dejado de hacer!

XII

Soñaba Vera con una patria universal en la que se conservasen depuradas, sublimadas y distintas—bella y fecundamente distintas—todas las patrias, y amaba a esta suya sin deprimirla, antes admirando su pasado y creyendo en su porvenir.

Por esto, como escritor y aun como pensador, era neta y robustamente castellano, limpio de todo extranjerismo.

Canta bellamente al alma castellana: «Al estudiar el alma castellana (alma humana, al fin) ha de considerarse por lo que hizo lo que hubiera podido hacer, no en condiciones propicias, sino en lucha contra obstáculos interiores y exteriores que no hubieran sido invencibles para la naturaleza humana. Puestas así las cosas, bien se puede decir que en sentir, en pensar, en querer y en hacer, el alma castellana ha puesto la raya tan alto como se pueda llegar. Hay tantas y tan calificadas energías psíquicas en el *Quijote* o en los libros de Santa Teresa, como puedan admirarse en las obras orgullo del pensamiento humano. En la acción, ahí está América. Cualquiera de los tenientes del maestro Carvajal valía para conquistar o gobernar un reino, como lo hizo.»

Amaba a su patria sobre todas, y estaba orgulloso de ella.

Por el griego y el latín pudo asomarse al saber antiguo; por el francés, el inglés y el italiano saturó su entendimiento de toda la cultura moderna, aun siendo aforismo suyo nada paradójico «que el saber ocupa lugar»; pero tanto como en estas lenguas o más que en ellas estudió en la nuestra, pensando, con razón, que también hubo en España pensadores, reformadores, literatos.

Y toda esta enorme cultura no fué sino eso mismo, cultura, *cultivo* de su robusta inteligencia. Por esto ni aun en el *Informe* escrito a los veinticuatro años, edad propicia para los alardes de erudición y sabiduría, se nota el andamiaje con que se edificó la obra.

No es jamás un repetidor o un vulgarizador, y menos —¡qué disparate!— un falsificador del saber ajeno; lo que dice es suyo, aun cuando exponga verdades por otro adquiridas, porque aun en este caso fueron por él contrastadas y llevan su sello.

Hablando de Cervantes, dice: «De haber leído cuantos rebuscadores y comentaristas han escrito, yo, como cualquiera, habría caído en estupidez, confusión e incapacidad de saborear al ingenio original. Sólo el propósito de sobrecargar el entendimiento y la memoria con fardo tan pesado de erudición y crítica, tan heterogénea en su valor y procedencia, bastaría para merecer un diagnóstico de imbécil.»

Escribe siempre en bello y limpio castellano con las palabras precisas para decir clara, concisa y noblemente todo su pensamiento, y cuando le falta alguna palabra, su conocimiento del griego, del latín y del genio de nuestro idioma le llevan a enriquecer a éste con nuevos vocablos, impecables por su formación, exactos en la expresión y perfectamente castizos.

Vera pertenece a la gloriosa estirpe de los Jovellanos, Caballero, Oliván, Pi y Margall, Costa. Es en todo y por todo un pensador socialista netamente español por su patriotismo, por su pensamiento y por el modo de expresarle.

Y lo es hasta cuando en la actual guerra coloca sus simpatías y sus anhelos resueltamente al lado de los aliados, porque en él hablan—acaso sin él darse cuenta del hecho—la voz de la sangre y el espíritu de la raza...

XIII

Era socialista el doctor por honda convicción científica y por nobles impulsos de corazón, y como las normas de su conducta fueron siempre la probidad, la lealtad y la sinceridad, en lugar alguno ocultó ni atenuó su pensamiento, como ya dijimos.

Casi niño, hacia 1882, siendo secretario de la Sección de Ciencias del Ateneo, expuso ya victoriosa y resueltamente su pensamiento, y lo mismo hizo en las muchas discusiones que sobre temas relacionados con la cuestión social y el Socialismo se discutieron en aquel Centro benemérito.

Como socialista tanto como médico habló en la Academia de Jurisprudencia allá hacia 1890, cuando esta Academia invitó a la Médico-Quirúrgica para que nombrasen representantes que fuesen allí a discutir acerca de Antropología criminal.

Y cuando comenzó en San Carlos a explicar un curso de enfermedades del sistema nervioso, no obstante lo *técnico* del asunto, ni supo, ni pudo, ni quiso impedir que en ocasiones florecieran en sus labios sus íntimas ideas acerca de la constitución social y el influjo de ésta en la morbilidad.

«Toda la evolución social va derechamente encaminada al colectivismo de un modo incoercible; sólo la transformación de la propiedad hará posible la armonía de intereses y un vivir de verdadera civilización—no de barbarie—. Ahí vamos, y los socialistas no tienen más

que acelerar esta evolución fatal. Las reformas todas no son sino paliativos, y más valor tienen como síntoma y como elemento que precipita el término de la evolución», dice en el Ateneo.

«No hay criminales natos, aunque haya enajenados. Los delitos los inventaron los hombres, y son, por tanto, cosa artificiosa y antinatural casi siempre. De la absurda expropiación de los más por los menos nace lo que llaman robo; de nociones igualmente arbitrarias nacen los demás delitos. Hay oposición de intereses. Hay polarización del bienestar y del malestar. Los delitos y las penas se han aforado a ojo de buen cubero. Modificad el medio por la transformación de la propiedad, y se acabaron los delitos», dice en la Academia de Jurisprudencia.

«Vivimos en un sistema esencial, fundamental, inevitablemente morboso. De un lado, exceso de goces; de otro, carencia de lo necesario; en ambos, degeneración y desequilibrio; en el centro, una masa atormentada, o por el ansia de alcanzar los goces que da el dinero, o por el temor de dar en la extrema miseria. Total: vida antinatural y bárbara. Remedio: un reparto equitativo de los bienes del trabajo y también de los esfuerzos. Transformación de la propiedad, en suma», viene a decir en San Carlos.

Galano, elegante y preciso en la exposición, aún más preciso era en la polémica. Con dos palabras contestaba una interrupción y con una interrupción deshacía todo un discurso.

Un diario recordó, en ocasión de la muerte de Vera,

que Ganivet, al hablar de Ateneos y Academias donde se delibera, dijo que sólo había encontrado en ellos un hombre de verdadero y positivo talento: «el médico Jaime Vera».

XIV

El oficial mecánico que escribe este opúsculo se limita aquí a copiar porque carece de autoridad para considerar a Jaime Vera en cuanto a profesional.

Se copia lo que escribió el Dr. Eleicegui el día de su muerte, y algo del cordial artículo de *El Socialista*, escrito por hombre enterado.

He aquí lo dicho por el Dr. Eleicegui:

«Dijo un día Jaime Vera, hablando a los jóvenes socialistas, que la edad de las almas no se cuenta siempre por los años; anidan en jóvenes cuerpos almas viejas, y en cuerpos viejos almas de renaciente juventud. Él fué de éstos. Cuando, prematuramente, y quizá debido a un accidente desgraciado, llegó el desmoronamiento de su organismo, el alma no envejecía, acariciando aún con más calor que nunca sus ideales y poniéndoles todo el fuego de una pasión moza. Recuerdo hace un par de años la tarde que, en unión de su hermano y amigo mío muy querido Vicente Vera, pasé con él unas cuantas horas de agradable charla. Era un vencido por el mal; casi esquelético, sus ojos no recogían la luz y sus manos temblaban con temblor patológico, y, sin embargo, la lucidez de juicio

era completa, la vehemencia de expresión atrayente, los anhelos de trabajo y de lucha vehementísimos. Era el Jaime Vera de las rebeldías científicas y sociales, el mentalista, el sociólogo, el hombre que arrastró a las multitudes con su palabra persuasiva y con el ejemplo de su austeridad; el que ahondó en los misterios de la psiquis enferma, encarrilándola hacia una perfección posible...

»—Desde estudiante—me decía aquella tarde—nacieron mis aficiones a las enfermedades mentales. Cuando empecé mi carrera enseñaba Patología general en el Hospital Provincial D. José María Esquerdo, y yo la aprendí con él, simultaneando ya allí mis estudios de lo mental y nervioso. Don José me dió el premio. Éramos doscientos sus alumnos. Un día, al encontrarle y saludarle en la calle, me dijo: «Vera, ¿quiere usted ser médico y jefe local de mi manicomio?» Acepté, y allí, ya de lleno y con material abundante, hice mis investigaciones y trabajo.

»Gané una plaza de médico en el Hospital General, y allí me encargué de la enfermería de mentales y nerviosos. Han sido estudios predilectos míos enfermedades como la parálisis general, el histerismo, los estados neurasténicos, las enajenaciones mentales, que yo suelo llamar de tipo emocional, el grupo confuso de la neuritis, las parálisis espásmaticas y las manifestaciones que apenas pueden catalogarse de las poliomielititis, en las cuales al diagnosticar, al pronosticar y en la asistencia, he tenido mis modestos triunfos en épocas en que muchas formas de poliomielititis no habían entra-

do en el cuadro práctico de muchos médicos de superioridad clínica indiscutible. ¿Qué más quiere usted que le diga?

»—Que muchas noches—añadió Vicente Vera—el sereno tenía a altas horas de la noche que abrir la puerta de casa para dar salida a los enfermos que acudían a la consulta.

»—Bueno—replicó vivamente—; eso responde al modo especial que tengo yo de ver a los enfermos. Usted ya sabe que los de esta clase exigen examen detenido, concienzudo, y una dosis de observación y paciencia muy grande, y yo al encargarme de estudiar uno perdía la noción del tiempo, que no recobraba hasta que había alcanzado el diagnóstico del desgraciado que se entregaba a mí.

»Y en pleno triunfo profesional ingresó en el Partido Socialista español. Su actuación política no me incumbe. Yo sólo debo hablar de él como médico. Sigo, pues. Tengo sobre la mesa tres publicaciones de Jaime Vera. Es una el *Estudio clínico de la parálisis general progresiva*; se titula otra *La función de los conductos semicirculares*, y es la tercera una semblanza de Iglesias. El azar reunió en un momento estos tres trabajos, y ellos muestran tres facetas interesantísimas del valer intelectual de Vera. El de parálisis general evidencia su devoción a la práctica clínica; el estudio experimental de los semicirculares supone el espíritu de observación y de análisis que penetra los resortes internos de las cosas por la apreciación de las relaciones de detalle; en la semblanza de Iglesias se revela percepción de los

conjuntos en los problemas nacionales y universales. Estos tres órdenes de trabajo responden a tres grandes ramas del árbol de la Ciencia: investigación experimental, observación clínica y análisis de las relaciones de economía social. Y al recorrer las páginas donde fué dejando Vera el fruto de su inteligencia privilegiada, más parecen las obras de tres sabios orientados en estos diferentes derroteros que la producción de un solo hombre que alcanza la cumbre en la variable expansión de la actividad humana.

»De sus estudios de la parálisis dijo su maestro, el gran Esquerdo, que el que a ella consagre las primicias de su entendimiento revela un gran corazón, un ánimo viril y un entendimiento práctico; de la función de los conductos semicirculares, paciente trabajo de laboratorio, mereció de la crítica la afirmación de que quedaba resuelto tan interesante punto de Fisiología, al que muchos sabios, desde Flourens, dedicaron sus trabajos, no consiguiendo más que esclarecerlo un tanto; de sus estudios sociales escribió Morato que ni Fichte, en sus discursos a la nación alemana, señaló más brillantemente ni con más claridad el camino a los hombres y a las muchedumbres que anhelan de veras influir en la historia de su pueblo, de su clase, de la Humanidad.

»Este es el hombre que perdimos.»

Y ahora lo dicho por *El Socialista*, aunque no por un profesional:

«El primero de sus triunfos, el más resonante, el que hizo circular su nombre gloriosamente por todas partes,

fué el notabilísimo informe médico sobre el cura Galeote, que atentó contra la vida del obispo de Madrid.

»En este informe colaboraron con Jaime Vera los doctores Simarro y Escuder. Jaime Vera consiguió uno de los efectos más insólitos en esta clase de trabajos. Su enorme cultura se sobrepuso a la de los forenses, animados por el nefasto instinto judicial de condenar, y que consideraban como una derrota profesional la salvación del reo por los médicos de la defensa.

»Después que los forenses informaron, Vera deshizo su diagnóstico de modo incontrovertible, dando uno recientísimo en la Medicina mundial que aquellos doctores desconocían completamente y que les dejó desconcertados. Tan elocuente, tan ardoroso fué el informe del doctor Vera, que se dió un caso nunca visto en estrados: el reo Galeote, hombre de una hercúlea constitución, no pudo contenerse, y lanzándose hacia el joven doctor, lo alzó en sus brazos robustos, como quien alza una pluma, y le paseó triunfalmente alrededor de la sala, en medio de la estupefacción de todos.

»El decano de los médicos forenses, hombre de una ejemplar rectitud, se acercó a Jaime Vera y le estrechó la mano con efusión, dándose por vencido paladinamente y adhiriéndose a la teoría formulada en el hermosísimo informe de aquel joven médico socialista. Poco después, los jueces, arrastrados por el afán de lisonjear al clero, pretendían condenar, y condenaron, a muerte al cura Galeote. El entonces director y el médico de la Cárcel aseguraron, indignados, al doctor

Vera, que el cura de la cárcel no iría al patíbulo, pues estaban convencidos de su locura. Los jueces salieron del paso dictaminando que la locura del cura Galeote era posterior a su atentado (!!). Pero el hecho es que el doctor Vera triunfó en su noble empeño de salvar la vida de aquel hombre.

»Este triunfo forense de Jaime Vera se ha reproducido dos veces más. Los lectores lo recordarán, pues están recientes todavía: el caso de Sancho Alegre, cuya irresponsabilidad probó elocuentísima y sabiamente Vera, y el caso de D. Nilo, cuya locura quedó igualmente demostrada palmariamente por nuestro inolvidable amigo.

»El mismo Vera, cuando hablaba de sí propio, consideraba como lo más honroso de su vida el haber librado del odioso patíbulo a tres desgraciados.

»Y, sin embargo, en este punto no podemos dejar de consignar unas palabras que oímos de sus labios, precisamente cuando se ocupaba en redactar el informe que había de salvar la vida a D. Nilo: «Odio—nos decía—como hombre, como socialista y como jurista la pena de muerte. Sin embargo, odio aún más la superchería científica. Si D. Nilo no está loco, en efecto, diré la verdad, aun a sabiendas de que le costará la vida. La vida de un hombre, aunque fuera la mía propia, no es bastante disculpa para un falseamiento de la Ciencia.»

»Por oposición había ganado la plaza, con el número 1, de profesor en el Hospital Provincial. Hacía cerca de treinta y tres años que la venía desempeñando. Una estadística de los enfermos que han pasado por los

cuidados del doctor Vera haría ascender a una elevadísima cifra de muchísimos miles los pacientes atendidos por él en esta larga etapa de práctica médica.

»Su fama era de las más extendidas y de las justamente cimentadas. Fué médico de los políticos más famosos y de gente de la más elevada aristocracia, que acudían en solicitud de sus conocimientos, a pesar de saber cuáles eran sus ideales políticos. Bien es cierto que Vera, espíritu de una rarísima ecuanimidad, separaba radicalmente su actuación como médico de su actuación como militante del Partido. Como socialista, la sociedad era para él un enfermo al que había que curar. Era médico de la sociedad. El médico se superponía en él a toda otra cosa. Sus fórmulas marxistas eran un remedio definitivo. Su aceptación de los procedimientos de nuestro Partido era un plan curativo. Su crítica del régimen capitalista era un diagnóstico. Y así con la persona enferma. El que acudía a su ciencia no era otra cosa que una vida que había que salvar, sin atender a que aquella vida fuera la de un personaje de alta prosapia o la del más humilde de los menesterosos, la de un malvado que la de un hombre de honor...»

Añadamos que en lo copiado no hay sino justicia, y que recordamos bien la hondísima impresión que produjo el informe relativo al cura Galeote, y también la emoción y el noble orgullo de los contados socialistas de aquellos días, que consideraron como del Partido aquel triunfo.

XV

Son los últimos años de Vera para él de dolor, hasta de penuria y agobios materiales, mas fecundos para las ideas cual ningunos. Cuando la labor escrita de este hombre bueno, leal y abnegado se recoja y se publique formando cuerpo, cuando los escritos de estos últimos años se unan al *Informe* y a los pocos y breves trabajos de años anteriores, el Socialismo español podrá decir por vez primera y con orgullo que enriquece, magnífico, la literatura socialista internacional. ¡Por desgracia, Vera no saboreará esta gloria! ¡Triste sino el suyo!

Nunca había sido para el insigne amigo la salud bien continuado; se agravaron sus achaques, hizo presa en su cuerpo la enfermedad y, como ha dicho un escritor socialista a quien ya hemos citado, «transcurrieron para él unos años trágicos, de atroz martirio físico y espiritual, porque a los dolores que dominaban su cuerpo se unía el claro conocimiento del mal. Aquel lector incansable perdió la vista, aquel hombre de varonil belleza envejeció prematuramente; sus espaldas se inclinaron, su voz, admirablemente timbrada, se hizo estridente. Fué la muerte de su vida de relación... Retraído, sus amigos no le recordaban a diario»...

Quien haya conocido a Vera, comprenderá la indecible amargura de esta especie de aislamiento. ¡Vera sin poder leer! ¡Vera sin tener un amigo, un compañero sobre el que derramar, espléndido, los dones de su

portentoso entendimiento! ¡Vera imposibilitado para discurrir y razonar en voz alta! ¡Vera privado hasta del *diálogo sin palabras* con el autor del libro que tenía en sus manos!...

En tales momentos la Escuela Nueva organizaba un curso de conferencias acerca de «Las doctrinas socialistas», al que seguirían otros dos como subordinados, y la gente moza, fundadora de tan bella institución, pensó en Vera para inaugurar el curso «fundamental», y en Iglesias para cerrar la serie o ciclo.

El alma de la Escuela Nueva, Manuel Núñez de Arenas, visita a Vera. Transcribimos casi literalmente lo que nos contó este socialista perturbador e inquietó:

«Me pasaron a una especie de despacho del hotelito de Madrid Moderno. A poco, por la escalera bajó un hombre con un muchacho. Una voz estridente le había precedido. El hombre, menudo, llevaba una especie de blusa o guardapolvo de dril, una gorra con enorme visera de hule y unas gafas que ocultaban sus ojos. Se apoyaba en un bastón. Se sentó tras de una mesa, y hablamos. La conversación duró cuatro o cinco horas, sin que Vera advirtiese que caía la tarde y las tinieblas invadían la estancia. Comprendí que estaba ciego y que había perdido la noción del tiempo.»

(Un paréntesis. Que Vera perdiese la noción del tiempo era cosa inherente a su naturaleza, como lo era que no notase las tinieblas. La potencia de su cerebro privilegiado le abstraía de tales detalles, y algo de esto queda dicho.)

«Estuvo cariñosísimo. A pesar de cierta timidez,

acaso producida por los años de reclusión—esta timidez la percibí claramente cuando le hablé de los profesores de la Escuela Nueva, que, según él, «¡conocían tantas cosas modernas!»—, advertí que agradecía, y, sobre todo, que le emocionaba nuestro homenaje, aceptándole, a lo sumo, como un reconocimiento de su labor.»

Para que la Escuela Nueva inaugurase el curso escribió el folleto *La verdad social y la acción*.

Era abril de 1912...

Pocos días después—1.º de Mayo—*El Liberal* publicaba el trabajo de Vera titulado «Ciencia y proletariado», que comienza así: «Dos expresiones de la vida en nuestra época, a la par grandes, a la par hermosas, admirables por la magnitud y armonía de sus formas, consoladoras por la substancia moral y social que llevan dentro, son la invención científica y el movimiento proletario.»

Admirable el trabajo de Vera, aun más lo es la abnegación con que pone correctivo a estas líneas, no del todo injustas, que *El Liberal* antepuso al escrito:

«Con viva satisfacción publicamos el siguiente artículo, obra de un pensador ilustre que, movido por el apremio de las crisis modernas, vuelve al combate.

»Achaques y tristezas le habían inducido a callar en los últimos tiempos.

»Hoy habla de nuevo, y es grato para *El Liberal* que lo haga desde sus columnas.»

Vera envía el artículo a *El Socialista*, mas con esta nota:

«Como de mis cosas propias no acostumbro a hablar, cada cual puede referirlas según su impresión. Así lo han hecho cariñosamente queridísimos amigos de toda la vida, al publicar en *El Liberal* este artículo escrito para el 1.º de Mayo.

»He procurado profesar doctrinas científicas acerca de la Economía social, y mi acción socialista y obrera ha consistido sencillamente en estar, tal como yo he sido, dentro del movimiento y con los compañeros siempre en cuerpo y alma.

»Mis deberes de médico, deberes que no permiten ser pospuestos a capricho, y las crisis de mi salud, han impuesto e imponen límites a mi actividad en el cumplimiento de lo que yo considero obligación común a todos los hombres, y más especialmente a los profesionales del trabajo mental.»

La Escuela Nueva, visitando a Vera, realizó un doble bien. Llevó consuelo y alegría al enfermo; le dió la sensación material de que su labor era comprendida y admirada, no ya de rudos obreros, sino de gente joven educada en las Universidades; le hizo ver que si el Socialismo español se engrandecía con fuerzas para la acción *proletaria*, ya se presentía por lo menos su engrandecimiento por el pensamiento y por las inquietudes que revelaba aquel ciclo o curso de lecciones que él había de inaugurar, y que inauguró dignamente.

Pero hasta de este que pudiéramos llamar placer inefable, Vera sacó una enseñanza que fué también consuelo—y este es el segundo bien—: Recluído, dolorido, casi ciego, quizá «no recordando a diario», aún

podía derramar su pensamiento, no sobre un hombre, sino sobre miles y miles y hasta por los siglos de los siglos... No podía hablar en público, no podía escribir, mas podía dictar. Lo que dictase se leería en asambleas, y como si él hablara; lo que se leyera se imprimiría, y como la imprenta es señora hasta del tiempo, él, agobiado de dolores físicos y morales, mientras tuviese un rayo de luz en el cerebro y un hilillo de voz, podía contribuir al bien de la Humanidad diciendo su sentir.

Ya no está solo; ahora se halla ante multitudes sin cuento, las multitudes formadas por los que viven y por los que aún no nacieron; desde su mesa puede hablar a los que son y a los que serán. ¡Qué grandeza!

Seguirá «amando y aprendiendo hasta que su cuerpo se derrumbe y su vida se extinga»; pero también seguirá «luchando por un porvenir mejor, frente al cual el presente es bárbaro y odioso».

Escribe *La verdad social*, escribe el artículo para *El Liberal*, y desde entonces no hay suceso grave que no merezca su juicio, su comentario, su razonamiento. Desde la guerra hasta el suicidio de dos mozos amigos; desde el asesinato de Canalejas hasta el pleito de los farmacéuticos con la «Mutualidad Obrera», de todo discurre con claridad admirable y con verdad en los grandes diarios: en el *Heraldo de Madrid* y en *El Liberal*, y también en *El Socialista*.

Esto es, habla a los suyos, mas, sin que en ello entre pasión alguna bastarda, quiere llevar su voz a las multitudes sin filiación políticsocial presumible. Adoctrina y aconseja a los convencidos, trata de hacer-

los mejores; pero no olvida que los adeptos se conquistan entre los profanos.

Y cuando los pobres semanarios socialistas se dirigen a él para engalanar sus números de 1.º de Mayo, Vera, si puede, los atiende.

Pero donde se derrama efusiva su cordialidad es en los escritos para colectividades.

Los jóvenes socialistas le piden unas líneas de consejo para leerlas en su Congreso, y de su pluma sale una carta maravillosa, llena de poesía, de melancolía, de fe, de optimismo, de firmeza; una carta de alma que parece bañarse cada día en las aguas de aquella fuente que quiso descubrir en la Florida nuestro Ponce de León—la Fuente de la Juventud—; y un alma—¡oh, crueldad del destino!—encerrada en cuerpo valetudinario.

Un *magnicida* (hermoso y expresivo vocablo con que Vera enriquece el castellano) mata a Canalejas; las derechas de filiación y también las de pasión, o sea todo el abominable zurriburri políticomonárquico, con tal cual excepción, se lanzan sobre Iglesias acusándole de inductor al asesinato político, tomando—¡crefinos!—por inducciones leales avisos de enemigo sincero y caballeroso. Para rechazar estas que serían infamias si no fuesen necedades, se celebra una asamblea pública. Vera piensa que no podrá concurrir a ella, y envía unas líneas entrañables, unas líneas dignas de su gran corazón y de su portentoso cerebro, en las que si se hace justicia a Iglesias y a su labor, se marca bien la línea que separa el reconocimiento de la justicia y la

solidaridad, de lo que pueda ser «acto de idolatría, infamante culto de los personalismos».

Otro día, los obreros madrileños del libro, desentendiéndose de órdenes oficiales, rompiendo con un ambiente de vergonzosa indiferencia, quieren honrar la memoria de Cervantes en el tercer centenario de su muerte. Publican un periódico, reparten a millares una biografía del hombre excelso, editan una de sus novelas, y, además, organizan una velada esencialmente obrera, hasta con un tablado y unos «representantes» que no rechazarían Angulo *el Malo*, Rojas ni aun Shakespeare. Los menestrales que en *El sueño de una noche de verano* representan *Píramo* y *Tisbe*, y casi el lienzo blanco que hacía oficios de bosque, de casa, de calle. Y estos obreros del libro buscan en la Casa del Pueblo hombres de entendimiento, de cultura, de espíritu noblemente artístico que den el merecido realce a aquel acto de ingenua belleza, y piensan en Ovejero y en Vera.

Retenían a éste en su hogar los achaques, y escribe unas cuartillas portentosas, encontrando también en el *Quijote* normas para la acción social.

¡Y cómo advierte el verdadero carácter proletario de aquel acto! ¡Cómo su corazón late al unísono con el corazón de los organizadores! ¡Cómo sabe exactamente lo que éstos querían! Copiemos algunas de sus palabras:

«Podíais haber invitado a esta velada a personalidades ilustres de la literatura y de la erudición. Ciertamente, las más gloriosas hubieran podido sentirse ha-

lagadas por ser las escogidas. Pero con acierto y buen sentido queréis darle carácter del todo y en todo proletario, y os habéis acordado de mí. Es verdad, yo soy de los vuestros. Y hasta lo más hondo me conmueve al verme llamado por vosotros a esto del culto al genio de Cervantes, único en lo desdichado y lo glorioso. Me atreveré a decir que en esta velada cervantina no me encuentro como cuerpo extraño, por efecto de ser vuestro amigo y compañero.

»Habéis calificado de modesta esta velada. Y si vale mucho por su verdad, su sinceridad y la alteza de su propósito, modesta puede llamarse en lo que atañe al aparato escénico. Aquí no hay brillantes uniformes, bandas y condecoraciones, dorados y tapices, ni tribunas-escaparates para la belleza, la vanidad y el lujo de muchas damas, más ignaras todavía que elegantes. Falta aquí lo resplandeciente y teatral de las grandes ceremonias oficiales o de gentes con fausto y riquezas que producen otros.

»Pero bien puede asegurarse que si Cervantes, desde la inmortalidad donde mora, pudiese elegir entre esta velada modesta o cualquiera de las pomposidades de vanidad y regalo, a pretexto de glorificarle, celebradas en las altas esferas de la vida intelectual o universitaria o académica, no lo dudéis, se quedaría con la vuestra.»

El autor de estas líneas, con otros pobres obreros fué organizador de aquel acto, oyó aquella noche con emoción la lectura de las cuartillas de Vera; no puede releerlas sin sentirse conmovido, y declara que el grande hombre supo no comprender, sino adivinar...

Otro día es la gloriosa Sociedad de Albañiles madrileños quien solicita la palabra del Doctor para el aniversario de su bandera, hasta hoy ni vencida ni menos humillada—para verdades, el tiempo—. Generoso, Vera manda unas cuartillas llenas de saber y saturadas de sentimiento...

Otro día...

Y siempre, siempre, en sus escritos, como en los consejos a los compañeros, camaradas y amigos que le visitan, más que el maestro, y antes, es el guía. Empuja hacia la verdad y hacia la acción; pero hacia la verdad adquirida por el esfuerzo propio, hacia la acción plenamente consciente.

XVI

Sus dolencias le dejan algún respiro, y entonces no sólo ejerce su nobilísima profesión, sino que, como en otros tiempos, se suma callado a las multitudes.

Así, cuando Ortega y Gasset habla de Lassalle en aquellas conferencias de la Escuela Nueva, Vera acude a la Casa del Pueblo, procurando substraerse a la vista de todos. Advertida su presencia por Núñez de Arenas, se le aclama y aplaude, y las aclamaciones y los aplausos le siguen fervorosos y justos hasta la calle cuando termina la lección.

Esta Escuela Nueva le nombró delegado suyo al Congreso Socialista de 1912, y su presencia en el teatro Español, en la sesión inaugural—donde hablaron

delegados franceses y portugueses —, también fué saludada por la multitud.

Vera encorvado, cubiertos los ojos por gafas negras, aun parecía como querer ocultarse, y, sin embargo, era allí, y lo hubiese sido aun estando presente Vandervelde, el entendimiento soberano.

Cuando Vera le decía a Núñez de Arenas, hablando de ciertos profesores de la Escuela Nueva, «¡conocen tantas cosas modernas!», delata no su timidez, sino su soberbia modestia — y no hay oposición entre estos dos vocablos ni entre los conceptos que expresan —. Vera tiene que intervenir en el pleito de si se debe o no continuar la conjunción con los republicanos, y en su discurso viene a decir... que no sabía por cuál criterio inclinarse porque los dos le parecían óptimos, y excusa esta indecisión con su forzado apartamiento de la vida, circunstancia que le impedía conocer detalles. Y esta indecisión es sabiduría, es el *según* del consciente de su responsabilidad; el *según* del hombre educado en la experimentación, que sólo admite verdades provisionales; el *según* del hombre que hasta por pudor no quiere seguir los socarrones consejos del gran Feijóo en su «Sabiduría aparente», donde se viene a recomendar el *sí* o el *no* categóricos para arrastrar a las gentes; es la duda honrada y leal, antesala de la verdad.

Asiste después a la asamblea pública en que se leen sus cuartillas haciendo justicia a Iglesias, y aunque también intenta substraerse a las miradas de la muchedumbre, ésta le tributa, con su aplauso y con sus vivas, un homenaje harto merecido.

La Escuela Nueva y la Agrupación Madrileña le eligen delegado al Congreso de 1915; calla en las sesiones, pero suyo es el dictamen referente a la actitud del Partido ante la guerra, europea entonces, mundial hoy.

Y en estos respiros de su enfermedad, arranca a la Justicia la vida de Sancho Alegre con un informe magistral, y emite otro informe pericial relativo al loco D. Nilo...

Y hace más. Enfermo él, casi inválido, atiende a Iglesias y le salva la vida en una agravación de su dolencia, y con una carta digna y severa ataja el paso a la cruel impertinencia de un periodista republicano, una impertinencia que hubiera sido perfidia en hombre de talento.

Y hace más aún: hace lo que Castrovido recuerda en una hermosa carta. En la desdichada y gloriosa huelga general de 1917 «acude a remediar desdichas, organizar suscripciones, salvar fugitivos, ocultar perseguidos, consolar afligidos, alentar vacilantes. En agosto, septiembre, octubre y aun parte de noviembre es algo así como el presidente honorario del Comité de huelga y el general de la Cruz Roja revolucionaria». ¡Visita y abraza en la Cárcel a los condenados!...

Modesto y abnegado, ni aun se percata de que desde 1910 el Partido, más que pudo, debió imponer la candidatura de Vera a sus aliados, imponerla en elecciones generales o parciales y por lugar de triunfo seguro, sin que le detuviera la consideración de estar enfermo el grande hombre. ¿Acaso desde abril de 1912 no fué,

aun casi inválido, el supremo y no igualado sembrador de ideales?...

Hablar en el Parlamento es hablar para la nación entera, hablar hasta para que el *enemigo* tenga que extractar y reproducir, incluso de mala fe.

Por boca de Vera hubiese hablado, no ya la acción, el criterio, el juicio, las querellas del Socialismo y aun de la Democracia, sino lo que del Socialismo aún no habló allí: el Pensamiento.

Y no hay agravio para nadie, porque el Pensamiento del Socialismo español es Jaime Vera en el *Informe*.

XVII

Atenazado por el dolor físico—el dolor social le angustió toda la vida—, la muerte, si se mostró apresurada, no fué harto cruel y le llevó al eterno descanso suave y tranquilamente. La vida de Vera se extinguió como se duerme el niño.

El 19 de agosto volvió al no ser, y después de una óptima jornada de trabajo, hoy descansa al lado de otros buenos obreros, que se llaman Pi y Margall, Salmerón, Giner de los Ríos, Azcárate, Benot, al lado también de aquel pobre Paco Diego, tan querido de Vera y como él menudo de cuerpo—, «en frasquitos pequeños se guardan las esencias más ricas», le decía con su natural gracejo—, al lado del infeliz Arboleda, muerto en la catástrofe del Tercer Depósito. Está entre iguales suyos, y entre amigos y correligionarios.

Y hasta en este trance de la muerte fué, como en vida, modesto, sencillo y firme.

Quiso que su cuerpo fuese a la tierra sin aparato, que se le depositara en una fosa común, que no se le tributase homenaje alguno. Racionalista, quiso asimismo que sus restos cayeran en el Cementerio Civil; esto es, quiso que se le depositara calladamente en el seno de la tierra, y también que esta tierra amorosa fuese el rincón de la libertad y la tolerancia.

Los obreros madrileños rindieron a su cuerpo ya inerte un hermoso homenaje de cordialidad. Por millares y millares le acompañaron al lugar del eterno descanso, y le acompañaron llenos de emoción y de respeto.

Acaso aun los más rudos se daban cuenta exacta del bien que habían perdido, se daban cuenta de que la muerte, buena, justa y necesaria, en esta ocasión se había conducido con redoblada crueldad, porque se hizo preceder de muchos años de dolor; porque llegó antes de tiempo, llevándose una vida fecunda, en plena y bella madurez, una existencia lejana aún de la caducidad, un espíritu joven y un corazón encendido de amor.

¡Ay, la muerte de Vera no puede ser simbolizada por la lámpara cuya luz se extingue poco a poco, sino por la fuerte columna brutalmente tronchada!

¡Los obreros madrileños dejaron el trabajo para seguir los despojos del compañero y del amigo; el resto de lo que llamaremos sociedad madrileña—con leves y muy honrosas excepciones—no rindió al grande hombre el tributo que merecía!

XVIII

Llegamos al término de este humilde trabajo, en el que un pobre obrero quiso consignar recuerdos casi personales y formar como un índice de la actividad socialista de Jaime Vera.

La Agrupación Madrileña tiene resuelto coleccionar todos sus trabajos y editarlos; entonces podrá apreciarse cuánto valía intelectualmente este hombre, y entonces hombres ilustrados deberán darnos el luminoso estudio que merecen sus obras, pletóricas de verdad y de pensamiento, expresados con severa y clásica belleza digna del Siglo de Oro, y llenas acaso de generosas y sublimes utopías, que Vera fué ante todo un hombre cordial y soñador.

Desde que existe el Partido Socialista en España no sufrió éste pérdida tan cruel cual la de Vera, el «primer valor intelectual del Socialismo», y el único Maestro.

Dolorosísima esta pérdida, aún lo es más para los viejos, para los que alcanzamos aquellos tiempos en que *socialista* quería decir *sacrificio* y *amargura*. Con Vera desaparece una época.

No es el autor de estas líneas hombre de lo que pudiéramos llamar primera generación; supo, por su maestro Felipe López, de las ideas precisamente el mismo día en que se fundó el Partido, y las profesó por instinto; mas niño aún, no le fué otorgado el honor de entrar en el Partido hasta 1882.

Pero quiso y admiró a Vera; de quien oía hablar siempre con elogio y con cariño, y al que hoy mismo recuerda gentil, vivaracho y decidor.

Recuerda las esperanzas que en él cifraban los socialistas, sus alegrías cuando Vera peleaba y vencía en el Ateneo, cuando la fama aclamaba su nombre al informar en la causa del cura Galeote.

Recuerda la exaltación, más que fruición, con que era leído el *Informe* el año 83, aquel *Informe* pobremente editado, vendido con lentitud desesperante; un humilde libreo de forma análoga a las cartillas de la vieja Internacional.

Recuerda la tristeza que nos produjo su alejamiento en 1886; el júbilo de su retorno en 1890; la alegría de aquellas bellísimas mañanas de 1.º de Mayo en los Jardines del Buen Retiro; la emoción del gran discurso electoral de Vera en Mayo de 1901.

Recuerda a Vera departiendo cordialmente, y hasta con verdadero deleite, con pobres y rudos obreros; lo recuerda siempre optimista, generoso, lleno de fe, dispuesto al sacrificio.

Le recuerda bueno, cariñoso, solícito, modesto, leal, firme, pronto al consejo.

Y ahora piensa en lo mucho que hizo Vera por las ideas, sólo estando en el Socialismo.

Y piensa también en la grande probidad y en la increíble honradez de este hombre ilustre entre los ilustres, para el que ni los honores ni las riquezas hubiesen tenido cuento de haberse colocado en la vida, no al lado de los humildes, de los desvalidos, de los incultos,

atormentados y oprimidos, sino al lado de los poderosos. ¡Con sólo querer habría llegado a las cumbres más altas, brillando, y muy merecidamente, entre los primeros!

Y al morir, la Prensa hubiese llenado planas y planas, el «luto» habría sido «nacional», hasta ¿quién sabe si las tropas hubieran rendido honores a su cadáver?...

Profesar una idea sin asociar a ella anhelos de medro personal, implica siempre sacrificio; profesar esta idea cuando el ambiente es hostil a ella o indiferente, implica sacrificio mayor aún; profesarla como y cuando la profesó Vera, saber que puede lograrse todo y renunciar, por amor a la verdad y al bien, es sacrificio sublime.

Pues este es el hombre que perdió, no el Socialismo español, sino el Socialismo internacional; un hombre par de los Marx, Jaurès, Engels, Vaillant, Liebknecht, Lavrof.

El Socialismo perdió uno de sus hombres más preclaros, España uno de sus hijos más ilustres, la Humanidad un pensador excelso, un sembrador de ideales, un hombre de buena voluntad y todo sentimiento.

Peleó por nosotros—que es pelear por la Humanidad y la verdadera civilización—; nos regaló, pródigo, tesoros inestimables de saber y de hermosura, y en cambio de estos dones, dignos de los dioses, no sólo no pidió nada absolutamente, sino que, considerándolos pobres, aún no se satisfizo toda su ambición porque pensó que había sólo cumplido parte de su deber.

El proletariado debe recordarle con gratitud; los que le conocimos pensaremos en él con una dulce tristeza...

Cerremos estas páginas con palabras tuyas:

«Supo aprender y fué capaz de amar hasta que se derrumbó su cuerpo y se extinguió su vida. Cuando se pidió cuentas del empleo de ella, henchida el alma de melancolía, pero también de la satisfacción más pura, pudo decirse: he vivido y he sido útil. Corona más alta no la hay en el mundo.»

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104210728

38560115385601153

